

# *Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales*

**En la presente entrega de “Cuenta y Razón” vamos a proseguir el examen de los títulos aparecidos en el mercado editorial con ocasión de la Feria del Libro pasada.**

**Lo haremos agrupando los títulos de acuerdo con las temáticas más importantes aunque el hacerlo pueda significar una cierta simplificación, inevitable en un tipo de publicación como la presente.**

**JAVIER TUSELL**

## *El problema de España*

**S**in duda la principal cuestión de debate cultural e intelectual en España es, en la actualidad, su propia esencia o, lo que es lo mismo, su unidad y pluralidad. Se trata, además, de una cuestión que aparece también con carácter apremiante en el horizonte político y de la que puede pensarse que estará largo

tiempo sobre el tapete porque no tiene fácil resolución en un plazo corto.

Sobre esta materia se puede optar por un tratamiento desde la actualidad intentando proponer fórmulas de solución, pero quien lo hace de forma habitual también hace referencia a lo que fue la forma de abordarla en el pasado entre los principales pensadores que trataron de ella. Lo que en “*La*

*novela de España*”, Madrid, Taurus, 1999, ha hecho Javier Varela ha sido enfocar desde un ángulo estrictamente histórico la cuestión y ofrecernos las respuestas que, a lo largo de aproximadamente tres cuartos de siglo, han ido ofreciendo los más importantes ensayistas españoles. Entiéndase bien: en este libro no se trata de “los problemas de España”, en plural, sino del nacionalismo (el español,

principalmente), tal como ha aparecido en su Historia a partir de finales del XIX. Varela aborda la cuestión con mucha inteligencia y con una vastísima erudición que le hace no sólo referirse a los principales libros de esos autores, sino también a correspondencias particulares de nada fácil acceso. Lo hace, además, con buen humor y frecuentes sarcasmos pero utilizando también, en ocasiones, un lenguaje alambicado que puede no resultar atractivo para el gran público. En general se puede decir que el tratamiento que todos estos grandes ensayistas españoles reciben en este libro, es un estudio original e inteligente. Quizá falta alguno (D'Ors) o el tratamiento de algún otro (Ortega) deja que desear. Pero, en las líneas fundamentales, éste es un libro excelente que debe ser leído no sólo por lo mucho que pesó sobre el conjunto de la cultura española en el pasado la discusión acerca de la esencia de España, sino porque en cierta medida el debate sigue vigente por las razones expuestas.

Según la interpretación de Varela hay dos líneas de nacionalismo español que nacen en el fin de siglo y se prolongan hasta los años sesenta. La tradicionalista, a la que dio prestigio intelectual por vez primera Menéndez Pelayo, le interesa a Varela menos que la liberal. En esta última hay toda una línea interpretativa

que, naciendo en Sanz del Río, pasa por Ortega y en la posguerra incluye a Castro y Sánchez Albornoz. En el fondo siempre parte de una serie de principios idénticos: se basa en que España tiene unos rasgos inmodificables que se remiten a un pasado remoto (al menos medieval pero en muchos casos muy anterior) y que son la derivación del medio físico y humano. Llama la atención en todos estos ensayistas, tan

notables desde cualquier punto de vista, la virtual ausencia de una visión profunda de pluralidad en la realidad española. Se pueden confrontar de forma vitriólica, como sucedió en el caso de Castro y Sánchez Albornoz, pero en todos ellos la asunción previa es ésa.

Varela trata con distancia este tipo de planteamientos porque su visión pretende sobrepasar cualquier tipo de enfoque nacionalista. Ésa suele ser una actitud bastante habitual en la actualidad de los medios intelectuales de Madrid. Pero cabe someterla a una crítica. En realidad el libro de Varela se abre y cierra con dos presencias catalanas: según él, Menéndez Pelayo no puede entenderse sin la influencia que sobre él tuvo el historicismo catalán, y Vicens Vives en los años sesenta sería, en definitiva, el último heredero de esa interpretación nacionalista, de la que, como reacción habría surgido el españolismo. En cambio, de nuevo a su juicio, en Madrid Maravall representaría, después de un pasado nacionalista, la superación del mismo. En cierto modo da la sensación de que nuestro autor piensa que el nacionalismo es algo así como una enfermedad transmitida desde Cataluña y cree que en la península se ha superado excepto en su ángulo noreste. Pero las cosas son más complicadas: la nación perdura porque se transfigura y a veces hay quienes dicen no ser

nacionalistas y lo siguen siendo. Lo importante hoy sería construir un concepto de España que tenga en cuenta su condición plural.

La polémica acerca de la pluralidad española y sobre el procedimiento de organizar territorialmente el Estado español se ha nutrido también de una nueva aportación con el libro de *Xavier Rubert de Ventós*, “*De la identidad a la independencia: Una nueva transición*”, *Barcelona, Anagrama, 1999*. Autor brillante y poco proclive a dejarse influir por el clima ambiental, Rubert de Ventós ya abordó estas cuestiones en otro ensayo dedicado a los “Nacionalismos”, aparecido en Espasa Calpe hace algunos años. Caracteriza a Rubert una escritura culta y amante de la paradoja que quizá podría considerarse derivada de la de Eugenio D’Ors. En relación con ella cabe preguntarse hasta qué punto podrá resultar atractiva para el lector o le podrá parecer, por el contrario, algo artificiosa. De lo que no cabe la menor duda es de que le puede obligar a adoptar una postura respecto del libro que tiene en las manos porque, por su propia brillantez y voluntad de provocación, no le deja nunca indiferente.

Resulta bastante habitual considerar que los nacionalistas son individuos aferrados a las raíces de lo propio, que, por tanto, intentan resucitar de forma un tanto bárbara el

pasado. Pero Rubert de Ventós rompe por completo con esta imagen historicista y ofrece, en cambio, planteamientos originales propios mucho más del espíritu del fin de siglo que de un pasado remoto.

De ahí la comparación con la que inicia su reflexión acerca del nacionalismo. Los nacionalistas, como las feministas, adoptan una actitud de respuesta forzada ante una

falta de reconocimiento por el otro. Precisamente lo que quisiera quien es englobado en una definición como la citada es una deferencia hacia la diferencia —he aquí un buen ejemplo del lenguaje paradójico que hace suyo Rubert— en que él mismo se inserta. El hecho de ser consciente de ella le permite a quien pertenece a esta categoría entender las restantes diferencias. Desde ese punto de vista, además, el nacionalista no es un hombre del pasado sino muy contemporáneo porque sucede que en la contemporaneidad más estricta es donde hemos descubierto el sentido que tiene el respeto a la diferencia.

El título de este libro puede dar una idea por completo errónea de lo que es su tesis esencial. Se podría pensar, por ejemplo, que su pretensión es explicar la explotación de que sería objeto Cataluña por el resto de España lo que, en opinión del autor, podría llevar a la independencia de la primera. Pero no hay nada de esto. Rubert de Ventós llega a la reclamación de la independencia por una curiosa vía irónica y dialéctica. Cita, por ejemplo, a De Gaulle, al que cabe conceptualizar como un ejemplo del nacionalismo de viejo cuño, recordando que para él los países eran como huevos duros y que con ellos es imposible hacer una tortilla (es decir, una unidad política semejante, como, por ejemplo Europa). Pero su nacionalismo no tiene nada que ver con eso.

En definitiva propone la independencia como procedimiento para conseguir hacia fuera y hacia dentro el respeto de aquellos para quienes tan sólo “lo oficial” es real. A la hora de precisar en qué pueda consistir esta independencia su receta resulta muy peculiar. No se basa en una idea de soberanía, en un momento en que ésta ha dejado de existir, ni en un método preciso. Ni siquiera necesita de otra definición de su eje cutivo más allá de la tan vaga como la que en la actualidad tienen los palestinos (“Autoridad palestina” = “Autoridad catalana”). Puede incluso acogerse a una denominación semejante a la de Hong Kong respecto de la China continental, es decir “un sistema y dos naciones”. De cualquier manera, de este nacionalismo con este peculiar género de independencia cabe decir que tendrá como aliados no tanto los recuerdos del pasado como las tendencias políticas y económicas más recientes.

Cabe reargüir a este tipo de planteamiento que en realidad tiene menos de novedoso que lo que pueda parecer en un primer momento. En última instancia la peculiar situación de la que partimos en el momento actual tiene mucho que ver con la descrita por Rubert. Hoy, palabras como soberanía, frontera y la misma nación tienen un sentido muy distinto que en el pasado. En eso se fundamenta nuestro presente y

probablemente el futuro —el colectivo y el diferenciado— se habrá de derivar de concepciones de este carácter. A fin de cuentas el propio Rubert propone como fórmulas políticas de futuro algunas de carácter intermedio o mixto que denomina como OPNIS, es decir “Objetos políticos no identificados”.

Otra publicación también trata la esencia de lo español. El

novelista *Juan Goytisolo* ha tenido también una importante obra autobiográfica y, además, ha escrito ensayos interpretativos acerca de lo esencial de la cultura española que deben situarse en la estela de Américo Castro. En un reciente libro, de curioso título (“*Cogitus interruptus*”, *Barcelona, Seix Barral, 1999*) y aparición reciente, colecciona los artículos de moderada extensión en los que se puede resumir esta obra de reflexión. Su lenguaje resulta a menudo incendiario y se dirige hacia los más diversos objetivos: el estamento académico, acusado de pedantería y de pensar tan sólo en su carrera profesional; las jóvenes generaciones, dispuestas al olvido de la cultura de resistencia frente al franquismo; todos los que ignoran la interpretación del pasado español tal como fue esbozada por Castro, y, en fin, lo que, utilizando una expresión tomada del pintor Antonio Saura, denomina “el hipo de la moda”, es decir, esta especie de banalización del gusto que le somete a los cambios más imprudentes e injustificados.

Lo que importa es si este lenguaje ácido guarda alguna proporción con el contenido de lo que el escritor propone desde el punto de vista de la interpretación de la realidad española. Él mismo reconoce haber partido en su momento de una “absoluta ignorancia” de la cultura nacional. Eso puede explicar que, en el momento de

tratar de adquirir una interpretación global de la misma, haya tratado de recurrir a una opción que hoy parece muy simplificadora. Muy de acuerdo con la versión de Castro resultaría que lo propio de nuestro pasado sería un “europeísmo superficial y mimético”, una “occidentalidad matizada” que trataría, además, de ocultar, a toda costa, el pasado semita del que habría derivado gran parte de su creatividad. El factor de persecución de la disidencia sería, también, un elemento característico de nuestra cultura e incluso da la sensación de que Goytisolo sería capaz de percibirlo respecto de los que denomina como “escritores sin mandato”, es decir los intelectuales no adscritos a ningún interés de partido o de secta cultural. Naturalmente tiende a describirse en la actualidad en este sector y no en otro.

Es muy posible que la interpretación que Goytisolo hace de la cultura española, más que explicar a ésta, permita interpretarle a él mismo. Su cercanía al mundo maghrebí sin duda sintoniza muy bien con las tesis de Castro. Su tardío acercamiento a las raíces de la cultura española contribuye a explicar la necesidad de encontrar una clave explicativa muy simple que resulte capaz de interpretar el conjunto de un pasado poco susceptible a generalizaciones excesivas. La interpretación de Castro, por otro lado,

proporciona un componente de conflictividad interna en la vida española que no puede sino satisfacer a un intelectual disidente en el momento inicial de su trayectoria. Y, en fin, el mismo hecho de que a Goytisolo le obsesione tanto el ser de lo hispánico y remonte a un pasado lejano la explicación acerca del mismo resulta muy característico de la generación a la que él pertenece. Se disculpará, por tanto, la

agresividad del lenguaje y habrá que tomar con la debida distancia las afirmaciones contenidas en este libro que, de todos modos, ofrece motivos para la reflexión.

### *El pasado y el presente*

En este epígrafe vamos a incluir dos títulos que se refieren a nuestra cultura de otros tiempos pero que mantienen una relación muy estrecha con el momento actual. En los dos libros de los que se trata a continuación se habla sobre un pasado vivo, ya sea porque revive en conmemoración o porque puede ser disfrutado porque en un momento fue recuperado.

En primer lugar merece la pena hacer unas reflexiones acerca del libro de *Joseph Pérez “Carlos V”, Madrid, Temas de Hoy, 1999*. Excelente hispanista, especialmente versado sobre el período cronológico y la temática de este reinado, el historiador francés ha hecho aparecer el primer título de lo que va a ser una larga serie dedicada al emperador. El tomo, breve, ofrece sin embargo puntos de apoyo para una reflexión general sobre el personaje y su tiempo.

El Presidente del Gobierno José María Aznar acaba de inaugurar en Valladolid una exposición en la que se recoge la interpretación que la pintura de Historia del siglo XIX hizo de dos personajes cruciales en

nuestro pasado, Carlos I y Felipe II. El interés de la muestra radica en que, en efecto, en muchas ocasiones se elaboró una visión controvertida de ese pasado histórico. Los comuneros, por ejemplo, han podido ser interpretados como los defensores de las libertades locales o como personas incapaces de darse cuenta de la necesidad de que España se enderezara hacia un rumbo imperial. Felipe II, todavía más controvertido, en especial desde la óptica exterior, todavía es objeto de visiones tan diferentes como pueden ser la de propulsor de la Inquisición o la del príncipe cristiano mecenas de las artes. No ya en la literatura sino incluso en la pintura han podido plasmarse sobre el lienzo estas opciones contrapuestas.

Pero la significación más importante de la exposición mencionada no radica tanto en su temática como en el hecho de que nos introduce en una conmemoración cultural de la mayor trascendencia para el año 2000. La cultura parece haberse convertido en algo muy parecido a rememoración de un acontecimiento del pasado para darle sentido desde el presente. Cuando así se hace es obvio que pueden cometerse errores y desmesuras. Pero conmemorar quiere decir también entender mejor el pasado y verlo desde un presente con el que puede tener paralelismos interesantes, a veces incluso sorprendentes.

Para el año 2000 tendremos ocasión de tener en el horizonte de nuestras referencias culturales la figura de Carlos V de Alemania y I de España, nacido a comienzos de 1500 en Gante, de la misma manera que durante el año pasado recordamos a Felipe II.

La verdad es que hijo y padre, representantes del momento cumbre en la Historia de la Monarquía Habsburgo en España, resultan tan capitales en la del mundo que todo hace pensar que la celebración resultará tan brillante para Carlos I como lo fue en el caso

de Felipe II. Buena cosa sería, además, que se evitara el peligro de abusar de los paralelismos o se intentara, como en cierta forma se hizo, sustituir una cierta leyenda negra por una leyenda rosa. De cualquier modo creo que lo que significó en su momento Carlos I sintoniza más con el fin de siglo que ahora estamos viviendo que Felipe II. En el mundo de la globalización—no sólo económica, también cultural y de los derechos de la persona— la Monarquía de Carlos I nos recuerda que él fue defensor de los principios universalistas de una idea imperial cuyo contenido fue muy discutido en el pasado. De acuerdo con los tratadistas alemanes el monarca quería en realidad volver al Imperio de Carlomagno mientras que, según Menéndez Pidal, se trató de una idea hispánica de paz entre cristianos y guerra contra los infieles. Es muy probable que esta última interpretación sea la más acertada. En este caso, las ideas carolinas, al tener un componente religioso del que careció por completo la idea de civilización europea, tal y como acabó imponiéndose a partir del Siglo de las Luces, parecen ancladas en los tiempos medievales más que los modernos. Pero también se debe tener en cuenta que en algunos tratadistas de su tiempo se puede percibir la aparición de algo parecido a un ideal de tolerancia y, sobre todo, la adhesión a valores culturales heredados de la tradición clásica y cristiana que hacen

presagiar la idea de Europa. En este sentido Carlos I puede significar una anticipación. Su propio talante personal y biografía ratifican esta impresión: su genealogía testimonia vínculos de parentesco con las familias reinantes de media Europa (Francia, Borgoña, Portugal, Castilla y Aragón) y, si de niño hablaba flamenco y francés, luego empleó el castellano para la correspondencia familiar. Era —nos asegura un gran historiador español, Fernández Álvarez— una especie de señor de muchos estados que se sentía borgoñón entre los borgoñones, italiano entre los italianos y español en Castilla y Aragón. Esta mezcla de cosmopolitismo y de apego a mundos mucho más reducidos también es característico del fin de siglo actual como hace medio milenio. No siempre se entendió: los propios españoles se desinteresaron de lo que denominaban “la tranquilidad de Alemania o las cosas de la fe”, es decir las guerras de religión. Azaña, mucho tiempo después, aseguró que habían sido obligados por la Monarquía a “soportar mediante las lisonjas del orgullo cargas que no les correspondían”.

En otro aspecto el mundo de Carlos I nos acerca a la contemporaneidad más reciente. En su época, como ahora, la Humanidad se enfrentó con un mundo absolutamente nuevo y ante él trató de emplear criterios que no eran únicamente el del

interés o del provecho. Descubiertas las Indias se planteó la controversia acerca de si la simple fuerza justificaba que los españoles se beneficiaran de ellas o si era preciso un debate de trascendencia moral aunque sus consecuencias finales fueran políticas. Lo excepcional consiste en que se optara por lo segundo. Para el P. Las Casas la conquista de América “no pretendió proveer a los indios

de doctrina sino a los españoles de riquezas y de servicio”. Vitoria, el fundador del Derecho Internacional, pensaba aproximadamente lo mismo y, sobre todo, sentó unas pautas para lo que había de ser el comportamiento de los españoles ante la conquista. Si todo eso era inédito en la Historia humana, todavía lo resulta más el hecho de que intentara plasmarse en leyes, las dictadas por el Rey en 1542. Luego no se cumplieron pero ahora, cuando vamos a iniciar otro milenio y nos encontramos también ante espectáculos de una radical novedad, bueno sería también que nos guiáramos por un criterio ético, preferiblemente más efectivo que el de entonces.

El segundo caso que conviene traer a colación es el que se refiere a la recuperación de nuestro tesoro artístico y aparece recogido en el libro de Luis Monreal, “Arte y guerra civil”, Huesca, La Val de Onsera, 1999.

No cabe la menor duda de que cualquier guerra supone un grave peligro para el patrimonio artístico. La civil española lo fue de forma especialísima no sólo como consecuencia de las operaciones bélicas, emprendidas con medios de destrucción muy superiores a los del pasado, sino también por otras razones como, por ejemplo, las derivadas de la destrucción de edificios dedicados al culto religioso durante el período

revolucionario abierto tras la sublevación de Franco. Si se pudieran cuantificar de forma pormenorizada los resultados de ambas causas de destrucción del Tesoro artístico español, lo más probable es que la segunda resultara mucho más importante que la primera. La verdad es, sin embargo, que, en la memoria colectiva de la guerra civil, ha quedado como recuerdo importante la decidida voluntad de los republicanos de poner a salvo un pasado que otros no parecían dispuestos a conservar. Pero el gobierno del Frente Popular, aun cumpliendo esa tarea por motivos de principio, sin duda se sirvió también de ella con propósitos decididamente

propagandísticos, mientras que, en el caso de los vencedores, esta cuestión revistió mucha menor trascendencia. Apenas la esgrimieron de cara al exterior con tal fin sino que para ellos fue más bien una cuestión vinculada con el recobro de la normalidad y la reordenación de aquellas zonas que conquistaban. La lectura en paralelo de los libros de Alicia Alted y de José Álvarez Lopera sobre la política de bienes culturales en el bando franquista y el republicano, respectivamente, revela estas diferencias.

El Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional sólo se configuró entre los vencedores de la guerra en una fecha muy tardía y sus medios fueron escasos. El breve libro que Luis Monreal ha dedicado

a sus experiencias biográficas en el mismo —fue su principal responsable tras la guerra— está lleno de noticias interesantes. Algunas de ellas se refieren a la magnitud de la catástrofe y no sólo como consecuencia de quemados de edificios o de robo de objetos de culto, sino de una mal entendida modernización, consistente, por ejemplo, en hacer desaparecer las tallas escultóricas de los edificios

góticos. En otras ocasiones se refiere al posible destino de los objetos almacenados, por ejemplo, en Cartagena, de los que cabe pensar que iban a ser convertidos en lingotes y enviados a la URSS. Finalmente resulta muy interesante también la información acerca de las obras enviadas por la República al extranjero o las devoluciones conseguidas del gobierno francés de piezas salidas de España en tiempos muy anteriores. La lectura de este librito ratifica, en definitiva, la importancia de esa pequeña minoría dedicada a la defensa del arte en un momento en que predominaban pasiones mucho menos nobles.

### *Rusia en lontananza*

Lo que sucede en el otro extremo de Europa debiera ocuparnos de forma continuada a los países de la Europa occidental democrática mucho más que preocuparnos de forma agónica en momentos en que aparecen noticias de aquella procedencia sobre desastres en la política interior o en la economía. Con este objeto se abordarán a continuación dos libros de interés indudable.

El primero es el de *Mijail Gorbachev*, “*Memorias*”, *Barcelona, Círculo de lectores, 1999*. Aquella frase de Andy Warhol sobre los quince minutos de popularidad a los que cualquier ser humano tiene derecho no reza para *Mijail Gorbachev* pues tuvo



mucho más que ese breve tiempo. Sin embargo de él puede decirse que, habiendo jugado un papel de primera importancia en el día a día de las noticias del mundo durante cinco años, ha desaparecido desde el comienzo de la década casi por completo. La última ocasión en que se supo de él fue con ocasión de la grave enfermedad de su mujer. Nada ni nadie le recuerda.

Ahora una editorial española acaba de publicar unas extensísimas memorias suyas que probablemente pocos leerán pero cuyo interés es indudable. Gorbachev ha sido uno de los grandes personajes del siglo XX que estamos concluyendo. Lo ha sido a pesar de sus titubeos y de sus errores, de que no llegó a hacer lo que quería y de que tampoco siquiera tuvo muy claro su objetivo final. Pero en ocasiones en la Historia de la Humanidad una persona le puede imprimir al destino colectivo un impulso decisivo en un determinado sentido o en otro. De una cosa se puede estar seguro: sin él al menos las cosas habrían sucedido de otra manera.

Lo primero que llama la atención de la figura del ex-dirigente soviético es que en su vida personal y familiar se pueden encontrar compendiados muchos de los padecimientos de su país durante tanto tiempo. Como niño vivió en un hogar con una sola habitación de donde debió

desalojarle su padre cuando dio a luz su madre a un hermano. En su casa los iconos religiosos se mezclaban con las efigies de Lenin y Stalin. El recorrido por la biografía de sus familiares resulta estremecedor: está lleno de parientes muertos de hambre, enviados a campos de concentración, muertos en la guerra mundial o detenidos y ejecutados. En la escuela primaria en que estudió no había libros impresos y los

alumnos debían fabricarse por sí mismos la tinta.

No era otra cosa que un hogar más de la Rusia de la época. Lo nuevo en el caso de Gorbachev fue que una persona, como él, que ni siquiera había participado en la segunda guerra mundial llegara a las alturas del poder. Cuando lo hizo la sensación que de forma inmediata predominó en él fue la de asombro. Descubrió, en primer lugar, la tremenda fuerza del aparato militar en el seno de la Administración soviética: cuenta en sus memorias que el 40 por ciento del presupuesto y una quinta parte del producto interior bruto se dedicaban a los gastos militares. Pero también tuvo la revelación de la debilidad de aquel gigantesco ídolo de barro que, siendo el país más rico del mundo en riquezas naturales, al mismo tiempo, por la propia obsolescencia de la maquinaria productiva, en un plazo muy corto de tiempo podía verse condenado a ni siquiera poder disponer de suficiente petróleo. Y, en fin, desde la altura del poder vio de manera clara también la enorme distancia que separaba a la URSS del mundo occidental. Él mismo narra cómo su viaje a Italia para asistir al entierro del dirigente del partido comunista Berlinguer le hizo ver una cultura política y una organización social que nada tenían que ver con su país. Da la sensación de que, sin querer copiar a Occidente y sin perder

el orgullo derivado de su ideario y de su nacionalismo, sintió la tentación de iniciar un acercamiento.

La verdad es que siendo éste entusiasta, Gorbachev nunca supo de forma clara a dónde le iba a llevar a medio plazo. Leyendo sus memorias y las de muchos de sus colaboradores se tiene la sensación de que estaba dominado por las urgencias de cada día, procurando mantenerse siempre en una línea media cuando la clase dirigente soviética se dividió entre quienes abominaban de él por demasiado revolucionario o por en exceso conservador. Nunca tuvo un plan concreto a largo plazo en el terreno político y menos aún en el económico. De forma ingenua reconoce que aquello que defendía —lo que se denominó “perestroika”— era mejor entendido fuera, porque en Occidente pronto se vio hasta qué punto cambiaba la política internacional soviética gracias a su persona. Pero admite también que en materia económica se dejó pasar un temprano buen momento para emprender las reformas y muy pronto no hubo más que enfrentamientos a muerte entre la clase dirigente soviética.

“Nuestro estilo diplomático era la dureza por la dureza”, asegura respecto de la política exterior soviética que le precedió. Es en este punto en donde la Humanidad nunca le podrá estar lo bastante agradecida a Gorbachev.

Sincero, espontáneo y bienintencionado, su único problema fue convencer a sus interlocutores de que sus propósitos no encerraban doblez alguna sino que suponían en última instancia exactamente lo mismo que afirmaban. Supo, además, darse cuenta a corto plazo de lo mucho que tenía de inevitable un proceso en que podía haber aspectos muy alejados de sus deseos como, por ejemplo, la

unificación de Alemania o la transformación radical de los países del Este de Europa.

Pero en 1991 había llegado ya al límite de sus posibilidades. En ese año ya había perdido cualquier capacidad de liderazgo político de un país que bordeaba la guerra civil y empezaba a despeñarse hacia el colapso económico. Los artífices del golpe de Estado hubieran deseado que él estuviera a su frente, a lo que se negó. Un Yeltsin rudo y brutal, pero también decidido a hacer la ruptura definitiva con el pasado, le sustituyó arrojando la posibilidad de destruir la unidad política de la antigua URSS. El momento de Gorbachev había pasado, pero nadie podrá quitarle la condición de uno de los grandes personajes del siglo XX.

Ya que hemos tratado de un personaje crucial en la Historia del mundo pero también en la contemporánea de Rusia, quizá merezca la pena también referirse a otro personaje esencial quizá menos para el primero pero sí para la segunda. Se trata de *Alexander Solzhenitsin*, de quien se acaba de publicar “*El colapso de Rusia*”, Madrid, Espasa Calpe, 1999.

Solzhenitsin fue un gran descubrimiento de la intelectualidad occidental a partir de un determinado momento. Fue él quien reveló en Occidente la tragedia del “gulag” soviético con unos libros tan aterradores que a

muchos les parecieron el producto de una simplificación cuando no de propaganda norteamericana. Lo curioso del caso es que ha pasado ya mucho tiempo desde el momento en que de su mano vinieron estas revelaciones, y que el paso del tiempo no parece habérselo aproximado sino, por el contrario, constituir la razón de su alejamiento.

Solzhenitsin se ha embarcado en una especie de nacionalismo ruso desesperanzado y agónico que está lejos de la democracia y también de las preocupaciones del conjunto del mundo cultural del fin de siglo. Se puede pensar que la razón por la que ha llegado a esta actitud deriva de los males que le han acontecido a Rusia a partir del momento de la caída del comunismo, y en parte así es. Pero se tiene la sensación, al mismo tiempo, leyéndole, de que de cualquier modo, aunque las cosas hubieran funcionado de otra forma, su evolución hubiera sido parecida.

En su último libro el escritor ruso insiste en temas y en posiciones que repiten las ya conocidas en él desde hace algún tiempo. El panorama que ofrece de las transformaciones en Rusia durante la década de los noventa resulta sencillamente desolador. Los reformadores se han comportado con el sectarismo fanático y obsesivo de Lenin empuñando una especie de escalpelo y clavándole para cortar y recortar el cuerpo de

Rusia sin la menor preocupación por el resultado de su acción. La reforma económica ha sido puro pillaje perpetrado en la sombra y vivido por la inmensa mayoría de la población como algo inevitable. Este desolador panorama le induce al antiguo resistente contra la dictadura soviética a pensar en posibles conspiraciones de quienes en el presente se dicen amigos (los Estados Unidos). Pero lo peor

no es esta visión conspiratorial de la Historia sino el sentimiento de la situación sin salida en que se encuentra una Rusia amada con pasión. Es la propia tragedia del interrogante sobre la existencia de Rusia lo que domina las páginas finales del libro. Y lo que de la lectura de ellas se desprende es el miedo a que de ello pueda derivar una reacción difícilmente controlable y catastrófica para el conjunto de la Humanidad.

### *Diagnósticos de nuestro tiempo*

Bajo esta rúbrica se pueden acoger libros de muy variado aliento y contenido que tienen en común tratar de la actualidad con una dimensión histórica sea colectiva o individual.

El último trimestre del año y, probablemente, la totalidad del 2000 van a estar situados en el panorama de la vida intelectual europea y española bajo la égida del fin de siglo. Esto es lo que explica el interés de la iniciativa editorial del libro de *Raymond Carr (Editor), "Visiones de fin de siglo", Madrid, Taurus, 1999.* Carr, reciente premio Príncipe de Asturias, ha sido una personalidad muy relevante para el mundo cultural español en una de cuyas disciplinas claves, la Historia contemporánea, ha influido de forma decisiva, librándola de "a priori" políticos e interpretativos.

La cuestión que aborda Carr en este conjunto de estudios es cómo, en realidad, todos los fines de siglo a lo largo de la Historia de España desde el ocaso de la Edad Media, han proporcionado unas visiones y reflexiones de parecida textura. En realidad, como muy bien señala Carr, esta imagen del fin de siglo como períodos críticos propicios a modificar en sus parámetros esenciales la concepción del mundo de quienes los vivieron nace de un libro muy popular en la década postrera del XIX: “Degeneración” de Max Nordau, publicado en 1893. Este autor apreció en aquella fecha el preocupante fenómeno de un generalizado “desprecio de las ideas tradicionales sobre la costumbre y la moral” y un “sentimiento predominante de perdición y extinción”. Todas estas frases, en efecto, remiten, por ejemplo, a la “radiante apocalipsis” en la que consistió el tránsito de un siglo a otro en la Viena de aquellos años, de la que deriva, en buena medida, la cultura posterior.

Para abordar el conjunto de los fines de siglo a lo largo de la Historia española, Carr ha acudido a algunos de los mejores especialistas españoles y extranjeros. No tiene sentido en estas páginas glosar de forma detenida cada uno de estos períodos o la interpretación que les dan los historiadores que han escrito acerca de cada uno de ellos. Ni aquí se dispone de espacio para esto ni tampoco lo han tenido

los autores obligados a hacer una referencia ensayística y, por lo tanto, no tan detenida al período que les ha correspondido.

Aun así merece la pena referirse a dos de esos trabajos por su indudable calidad. No es extraño que sean el de Carmen Iglesias —el comienzo de la contemporaneidad—, el de Jon Juaristi —el 98— y el de Juan Pablo Fusi —el actual fin de si-

glo— pues, en definitiva, el debate y la meditación sobre el fin de siglo tiene mucho que ver con la contemporaneidad más estricta. De esos tres períodos cabe deducir una coincidencia en el “espíritu del tiempo” que no puede ser otra cosa que exactamente esto. Para estas etapas resulta válido, en general, lo que en su momento escribió Nordau. Si este hecho no debe concluir en catastrofismos ni en milenarismos, sí podría servir para justificar que se meditara acerca de tanta coincidencia y, sobre todo, se aprovechara la ocasión para que esa meditación tuviera un efecto de cara al futuro.

El libro de *Fernando Morán (en diálogo con Juan Carlos Vidal)*, “*Luz al fondo del túnel*”, Madrid, Alianza Editorial, 1999, responde, por su parte, a unos modelos editoriales muy precisos de los que hemos tenido muy abundantes ejemplos en el pasado. Por un lado, en cada elección política importante suelen aparecer libros biográficos acerca de los principales candidatos. A menudo, además, estos textos más que basarse en una elaboración por parte del personaje nacen de la entrevista realizada por una persona afín, normalmente un periodista. Cuando estos libros parten de una urgencia inmediata su contenido reviste menor interés: las promesas electorales suelen ser caedizas y efímeras. En cambio, si

verdaderamente detrás del personaje hay una trayectoria biográfica de interés, una vida plena de significado y de experiencias, el libro puede llegar a resultar muy atractivo. El libro de Morán no llega a eso pero sirve para hacer todo un juicio global sobre la vida española en los últimos tiempos.

La entrevista entre Fernando Morán y Juan Carlos Vidal supera el nivel habitual de los dedicados a urgencias electorales. Vidal ha sido ya autor de una larga y muy interesante entrevista a Bronislaw Geremek, un protagonista esencial de la transición polaca a la democracia; además, con Morán le unen coincidencias biográficas importantes como la común procedencia geográfica. Morán, por su parte, es un político muy poco al uso: tiene tras de sí una vasta producción bibliográfica tanto en el terreno de la novela como del ensayo, al margen de una experiencia política dilatada y poco habitual. A pesar de ello, el libro se resiente de algunos inconvenientes bien claros. En un texto de estas características tiene, sin duda, sentido integrar la vida del personaje central en los parámetros de una colectividad; en cambio, resulta más dudoso que se deba explicar de forma detallada en qué consistió de forma precisa esa trayectoria histórica emitiendo juicios sobre las más variadas peripecias a lo largo de un tramo cronológico

muy amplio. Eso le sucede a este libro en que biógrafo y biografiado caen en la tentación de narrar toda la Historia de España durante el franquismo y la transición. Además, como tantos otros libros, éste tiene el inconveniente de resultar demasiado extenso; si hubiera sido aligerado en un tercio de sus páginas el resultado hubiera sido indudablemente positivo. En cambio, el libro no peca de haber situado a la persona en

que se centra en un protagonismo que no le correspondió en el pasado.

Fernando Morán, no obstante, resulta un personaje de indudable interés y tiene especial sentido que este libro haya sido publicado porque gracias a él disponemos no sólo de un perfil autobiográfico de su trayectoria vital sino también de interesantes enfoques acerca de aspectos concretos de la vida intelectual y política española durante más de medio siglo (el libro se detiene en junio de 1977). Merece la pena llamar la atención acerca de algunos aspectos de esa descripción. En el terreno cultural no se llega a conocer tan sólo la gestación de una obra literaria singular sino también las lecturas y las inquietudes de toda una generación cultural de la vida española. Morán ha sido autor, al margen de su obra de ficción, de alguna obra de ensayo de singular importancia no sólo por lo que describe sino también por los intereses que demuestra. Me refiero, por ejemplo, a su libro sobre novela y semidesarrollo, un ejemplo de un género de sociología literaria que los especialistas eran incapaces de abordar por sí mismos. En el terreno político creo que las aportaciones de este libro se pueden centrar en tres aspectos precisos. En primer lugar, como es lógico, la descripción del entorno de una persona como Tierno Galván en que se mezclaban rasgos aparentemente contradictorios y de los que resulta

difícil encontrar la clave, como, por ejemplo, el radicalismo y una indudable proclividad hacia la Monarquía. Desde el punto de vista de la política exterior es muy convincente la descripción de la obra de Castiella, sin duda un personaje concienzudo y capaz pero, al mismo tiempo, gestor de una política perjudicada por la deslegitimación internacional de España. Finalmente, también resulta de mayor interés la imagen que se proporciona en este libro de la pluralidad caleidoscópica de grupos y de sus muy diferentes percepciones y actitudes en el seno del franquismo. Precisamente eso remite al título del libro: gracias a ello, siempre hubo luz al fondo del túnel.